

La vida y hechos de Estebanillo González:

Estudio sobre su visión del mundo y actitud ante la vida

Los valores literarios de *La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor, compuesta por él mismo,*¹ hasta la fecha no han sido objeto de estudio detenido alguno. Sólo existen comentarios breves sobre la novela por parte de los que han examinado en su conjunto el género de la picaresca. Entre otros, Frank Wadleigh Chandler, en su obra *Romances of Roguery: An Episode in the History of the Novel*, considera el *Estebanillo* una de las novelas menos hechas del género, carentes de plan o desarrollo. Según este crítico, la obra viene a ser un recuento despiadado de las bromas bastante pesadas de su protagonista.² Para Fonger de Haan, el valor de esta novela ha sido exagerado, ya que aparte de los alardes de poeta que hace su autor y del repetido juego de palabras como expresión máxima del ingenio, es muy poco lo favorable que le resta al libro.³

(1) Amberes. 1646. Para este trabajo he utilizado la edición de Clásicos Castellanos, a cargo de Juan Millé y Giménez, 2 vols., Madrid, 1934. Todas las citas de esta obra que parecen en el texto van acompañadas del tomo y de la página de esta edición.

(2) Londres, 1899, págs. 243, 247-48.

(3) *An Outline of the Novela Picaresca in Spain*, The Hague, N. Y., 1903, págs. 49-50.

Ludwig Pfandl, por su parte, cree que el *Estebanillo* se aleja de los ejemplares anteriores del género en la medida en que su autor no aspira a «dar un cuadro pesimista de la sociedad española» ni a «pintar las costumbres españolas en un marco picaresco». Por el contrario, el crítico alemán opina que se persigue «mostrar tan sólo cuán alegre, hermosa y variada puede ser la verdadera vida del pícaro, y cuán pintoresco y brillante es el mundo que se abre a sus correrías». ⁴ De manera semejante, Juan Millé y Giménez, en el prólogo a su edición de la obra, insiste en la ausencia de la «sátira trascendental de las costumbres españolas» que se inicia en el *Lazarillo*. Sugiere, además, que nos imaginemos el trágico cuadro de la guerra y luego hagamos desfilar las escenas grotescas del libro, ya que solamente así logra éste «ante nuestros ojos toda su significación histórica y moral». ⁵

Valbuena Prat, en los comentarios a su colección de novelas picarescas, opina que en el *Estebanillo* «hallamos unida la picardía a unas excelentes condiciones de escritor». ⁶ Desafortunadamente, no se examinan tales méritos. Alonso Zamora Vicente es, hasta donde tengo noticias, el último crítico que ha comentado la obra. ⁷ En su estudio *Qué es la novela picaresca*, considera el *Estebanillo* como el «último escalón importante de la picaresca en el siglo XVII». Observa, además, que «estamos ya en un arte muy alejado de la picaresca inicial, en la que siempre hemos ido viendo una valoración de la vida y una preocupación por su fluctuar. Nos encontramos ya ante una novela de escueta aventura, sin la hondura nacional de las anteriores». ⁸

Ahora bien, de estos comentarios someros se desprende lo siguiente: en primer lugar (y exceptuando la opinión de

(4) *Historia de la literatura nacional española en la Edad de Oro*, Trad. Dr. Jorge Rubió Balaguer, Barcelona, 1933, pág. 313.

(5) *Op. cit.*, págs. 19, 15.

(6) *La novela picaresca española*, segunda edición., Madrid, Aguilar, 1946, pág. 76.

(7) No he podido localizar la *Historia general de las literaturas hispánicas*, editada por Guillermo Díaz Plaja, en la que Gili Gaya se hace cargo de tratar la picaresca.

(8) Buenos Aires, Colección Esquemas, 1962, pág. 58.

Valbuena), que no se han visto en el *Estebanillo* valores literarios que merezcan consideración especial; de hecho, en el prólogo a su edición de la obra, Millé y Giménez parece sugerir que la misma sólo adquiere significación desde el punto de vista histórico y moral. En segundo lugar, que no existe una crítica a las costumbres de la época. No cabe duda de que no existe una crítica de las costumbres *españolas* de la época ya que los hechos de la novela rebasan continuamente los límites nacionales. Lo que sí existe, sin embargo, es una crítica de los fundamentos en que se basa toda la sociedad europea del momento. Esteban González es un individuo que elige vivir la vida del pícaro, en parte, por cierta disposición natural a la aventura y a la «picardía», pero, sobre todo, porque encuentra entre los que lo rodean terreno fértil para la creación de su propio sistema de valores. Si algo llama la atención del lector en esta novela, es la continua valoración que hace el protagonista del mundo, las gentes y las actividades humanas. Lo interesante de esta valoración es, sin duda, su carácter marcadamente personal. Y es que este pícaro, sumamente consciente de las imperfecciones de su época, se ha creado su propia moral de conducta para vivir la vida cómodamente.

Ahora bien, desde el punto de vista puramente literario, me interesa destacar la utilización consciente de la lengua por parte del autor en la elaboración de lo que viene a ser su actitud ante el mundo, la que, a su vez, motiva su conducta. Intento, pues, entrar en la sustancia de la obra a través del estilo. Examinaré, mientras sea posible, el empleo de sustantivos y adjetivos que expresen un sistema de valores. Espero, con esto demostrar dos cosas: en primer lugar, que el autor del *Estebanillo* fue algo más que un mero narrador de hechos inconexos y de bromas pesadas; y, en segundo lugar, que, precisamente, la existencia de una sociedad cimentada sobre valores falsos es lo que explica en gran medida el triunfo de individuos como nuestro protagonista. La actitud cínica del pícaro viene a ser, en fin de cuentas, la crítica más efectiva de la época.

Comentarios introductorios sobre la obra

La vida y hechos de Estebanillo González, hombre de buen humor, compuesta por él mismo, es el resultado de la empresa de un individuo que encuentra en el recién creado género de la picaresca un molde apropiado para el recuento de su vida. O, dicho de otra manera, estamos frente al relato de un hombre que se siente vivir plenamente la vida del *pícaro*. Por eso cuando nos describe su vida en Gibraltar, deja muy en claro su completa indiferencia hacia los problemas de la honra, «porque a pagar de mi dinero, todas las demás son muertes y es vida la del *pícaro*» (I, 203),⁹ Efectivamente, el autor y protagonista de esta larga narración responde en general a las exigencias de ese tipo humano y literario. Es el muchacho que a muy temprana edad abandona su casa y se va a conocer mundo. Huye del «mal» de la hidalguía del que sufre su padre y el que sólo engendra «pobreza eterna» o «hambre perdurable» (I, 61).

La vida de este *pícaro* puede dividirse en tres momentos: el primero es aquel en que desempeña un sinfín de trabajos sueltos,¹⁰ que combina con hurtos menores y trazas de todas clases. El segundo momento se inicia con sus servicios a un Virrey, lo que le gana fama por el buen vestir y las recomendaciones del amo, todo lo cual le abrirá el camino hacia la Corte. Este ascenso culmina con su conocimiento de Octavio Piccolomini, duque de Amalfi, hecho que marca el tercer momento de su carrera. A partir de entonces, se limitará a un solo amo, quien, a su vez, le asegurará el futuro a su bufón y correo, cargos que Estebanillo desempeña para el duque.

Y, finalmente, si por *anti-héroe* se entiende el individuo «opuesto al héroe»¹¹ persona ésta que se destaca, entre otros,

(9) Todo lo que aparece en letra bastardilla es labor mía para llamar la atención del lector sobre algún vocablo.

(10) Recordemos a este respecto que nuestro protagonista estaba acostumbrado a mudar oficios «cada semana, como de camisa limpia» (I, 108).

(11) Pedro Salinas, *Ensayos de literatura hispánica*, ed. y pról. Juan Marichal, Madrid, Aguilar, 1958, pág. 72.

por su extraordinario valor, creo que se puede afirmar que Estebanillo resulta ser el anti-héroe más consciente dentro del género de la picaresca. Es significativo el hecho de que la Guerra de los Treinta Años sirva de continuo trasfondo al relato del pícaro. Este siempre se halla donde se está luchando, y en cambio, nunca participa de la lucha. Más aún, mientras otros pelean, Estebanillo se entretiene comiendo y bebiendo. No cabe duda, entonces, de que la presencia del motivo de la guerra viene a acentuar el anti-heroísmo del protagonista, en la dimensión más primitiva del concepto. Pasemos ahora al análisis mismo.

Visión del mundo y filosofía de vida de este pícaro

A medida que vamos penetrando en la conducta de Estebanillo, descubrimos que para éste el mundo se divide en dos grandes sectores: los *grandes* y los *pequeños*. Más aún, nos enteramos de que sólo los *grandes* están en posición de honrar y que esta *honra* en boca de Estebanillo se traduce en términos de provecho material. La primera declaración del pícaro que anticipa o sugiere esta particular visión del mundo aparece muy al comienzo de su relato, cuando describe el recibimiento pomposo que le dieron a su escuadra en Mesina. Dice que el príncipe Filiberto Manuel «honró» tanto a capitanes como a soldados, «así con obras como con palabras». E inmediatamente añade: «...porque sólo dan *honra* los que la poseen, y deshonra los que carecen de ella; porque no puede dar ninguno aquello que no tiene» (I, 97). Me parece que queda claro en este pasaje que la *honra* para Estebanillo tiene un valor tangible, idea que se desprende de su definición indirecta de la honra que da Filiberto Manuel, como aquello que se mide tanto con obras como con palabras.

Pero no siempre encontramos en su relato una tan clara identificación de lo *honroso* con lo *provechoso*. Por ejemplo,

aún emplea el término *honra* en su sentido convencional, cuando, al referirse al oficio de pícaro de cocina en casa del Cardenal de Oria, lo define como «oficio graso, y ya que *no honroso, provechoso*» (I, 117). En otra ocasión, y esta vez como pícaro de costa, se ríe de «los puntos de *honra* y de los embelecocos del *pundonor*» y declara que su único móvil es el dinero (I, 203).

Sin embargo, la declaración más tajante a este respecto, y que representa, además, una toma de posición definitiva en la vida de este pícaro, se lleva a cabo recién llegado Estebanillo a la corte del duque de Amalfi (quien va a asegurarle su futuro). Se celebra un banquete al que asiste nuestro protagonista. Allí descubre que le han vuelto la silla al revés. Al enterarse de que a los que se convida o son «gentileshombres de la bufa», el duque les juega esta broma, Estebanillo se siente herido, pero muy pronto reacciona y dice para sí: «Mi *gusto* es mi *honra*, y ande yo caliente y ríase la gente; pues poco importa que mi padre se llame *hogaza* si yo me muero de *hambre*» (II, 34). Hemos visto que hasta este momento, Estebanillo, en cierta medida, ha venido jugando con el sentido convencional del término *honra*. Pero ahora, ante la perspectiva de un futuro resuelto, tiene que sacrificar para siempre esa dimensión tradicional de la honra que momentáneamente parece importarle, al sentirse objeto de la mofa del duque.

Esa figura tan acertada del padre «hogaza» y el hijo que «se muere de hambre» apunta, claro está, a la noción de honra como valía heredada de los antepasados; en otras palabras, apunta a la llamada hidalguía de la que Estebanillo viene huyendo desde que abandona su casa. Una alternativa a esta posición que nuestro pícaro rechaza sería el empezar a valer por su propio esfuerzo. Es decir, utilizando los términos de Estebanillo, suplirse los medios de «no morir de hambre», sin suspirar por la «abundancia de pan» del padre. Sin embargo, otro parece ser el rumbo que toma el protagonista. Parece como si mentalmente se dijera: «¿Por qué he de sentirme ofendido (*deshonrado*, por así decir) si el hombre necesita del hombre y Piccolomini está en posición de darme, ya que le he caído en gracia?»

Es a partir de este momento cuando va quedando más y más clara esa visión suya que divide el mundo en dos bandos, el de los *grandes*, a quienes les toca dar, y el de los *pequeños*, a los que les toca recibir. Por ejemplo, una vez que Estebanillo queda al servicio del duque de Amalfi, comienza a ser agasajado y regalado de grandes señores, sólo por consideración al amo. Nuestro pícaro, consciente de su poca valía (tanto en la escala moral como en la social¹²) explica tales favores de la siguiente forma: «...el señor que es *generoso* no mira el sujeto del que recibe; porque sólo se atiende al valor del que da; que el que pone excepciones, son achaques al viernes por no ayunar» (II, 156). En otras palabras, para Estebanillo el *generoso* es aquel que «hace bien sin mirar a quién», noción del dar muy desprendida, sin duda, pero que elimina toda posibilidad de merecimiento como requisito para el recibir. Y no hay que olvidar que por más «cristiano» que nos suene el *dictum* de «Haz bien y no mires a quién», en el caso de Estebanillo se trata de algo más: primeramente, el asumir tal posición le resulta muy cómodo pues él sabe que difícilmente llegará a poseer tanto como para desempeñar el papel de *generoso*; en segundo lugar, hay todo un sentido de obligación ligado a la condición de ser *generoso*, que a su vez proviene del ser *grande*. Examinemos su definición del *señor*, o *grande* de la sociedad de su momento. Dice Estebanillo que el serlo «no consiste en la nobleza del solar ni en la grandeza del título, sino en dar muestras de serlo, ayudando a los desvalidos...; que para no hacer esto, poco me importa a mí ni a nadie que sean *grandes* o que sean *pequeños*» (II, 229). Esta declaración, que aparece, por cierto, bastante tarde en su relato, completa nuestra imagen de la visión del mundo de este pícaro. De una parte, el *grande*, o sea, el que, en posición de dar, está obligado a ayudar al que pertenece al otro bando, al desvalido o «pobre hongo», al *pequeño*, siempre dispuesto a recibir.

Ante tal visión del mundo, ¿qué mejor filosofía que la de

(12) En una ocasión, Estebanillo marcha con un ejército hacia Milán y pronto lo despiden por no necesitar gente y «por ser pequeño de cuerpo y por constarle a mis superiores no ser grande de virtudes».

recibir y nunca dar? Esa es precisamente la norma de conducta de Estebanillo, en parte expuesta ya desde su mensaje al lector. El dedica su relato, en calidad de presente, «a príncipes y señores», lo que no quita que acepte cualquier premio a su labor pues «soy hombre que, por *tomar*, tomaré unciones, y por *recibir*, recibiré un agravio» (I, 46). Más adelante, ahondando en esa mezcla de humor y desfachatez que lo caracteriza, nuestro pícaro declara que siendo criado de Piccolomini, «*Tomaba*, por solo tomar, cuanto me daban sus camaradas...; yo, por no dar, aun *no daba* a ningún criado los buenos días» (II, 41). La insistencia en tal filosofía de la vida a través del relato es sumamente marcada, lo que sugiere una especie de *leit motiv*, un tema central que, a la vez que explica la conducta del personaje, le da cierta unidad a la obra.

Antes de concluir con este tema, vale la pena hacer notar, que, como era de esperarse, en algún momento nuestro pícaro había de ser víctima de su propia filosofía de la vida. Tal cosa ocurre en Milán, cuando intenta «vender» su arte de bufón y encuentra un público apático al mismo. Escribe que «si daba [de su arte, claro está], lo recibían con buen humor, y si pedía, me daban esperanza con *buenas* palabras». Eso de «buenas palabras» está dicho con mucha ironía, pues para Estebanillo sólo son *buenas* las palabras que se escriben en una carta de recomendación y que, a la larga se traducen en provecho material, y aquí no se trata de eso. Sin embargo, en fin de cuentas, no le va tan mal a nuestro pícaro, pues dos señores terminan comprando y gustando de su mercancía. A propósito de esto, Estebanillo comenta que «más vale pocos y *buenos*, pues cada uno dellos me dio muchas doblas» (II, 167-68). Ahora sí que esta valoración de nuestro protagonista va muy en serio; es más; casi podría pensarse que estos señores son *buenos* porque dan, pero sobre todo, porque cumplen con esa obligación que Estebanillo les ha impuesto a los *grandes*.

Valoración de las gentes y de las actividades humanas

Al considerar la concepción que del hombre tiene Estebanillo, nos vemos precisados a bregar casi exclusivamente con sustantivos. Esto es así ya que, al referirse al hombre, lo primero que viene a la mente de nuestro pícaro es la imagen de un animal. De ahí que su relato sea, entre otras cosas, una colección de ejemplares de zoológico. Veamos. En ocasión de acompañar al rey de Polonia a cazar en Lituania, Estebanillo cuenta cómo el soberano mató ocho bestias en muy corto tiempo, lo que le lleva a comentar que de haberlo así deseado, el cazador hubiera podido dar muerte a ochocientas, «por ser siglo abundante de *bestias*». Y continúa diciendo: «Yo consideraba cuántas racionales hay mayores que estas y con mayores uñas y más virtudes para sus provechos en las manos derechas, y no hay quien ande a caza dellas». Y finalmente añade: «Yo pienso que me preservé en esta ocasión por ser *bestia pequeña* y andar el Rey a caza de *grandes*» (II, 155). En este pasaje nuestro protagonista esboza en forma genérica su concepto de la condición humana, que luego va a particularizar una y otra vez a través de su obra.

Por ejemplo, muy temprano en la narración, Estebanillo nos describe la salida de una de las muchas compañías a las que él se une, de la forma siguiente: «Llegó el tiempo de la embarcación, y siendo *langostas* de los campos, *raposas* de los cortijos, *garduños* de los caminos y *lobos* de las cabañas, pasamos a Monturque» (I, 191). Hay que notar, primeramente, que el mero hecho de recurrir a animales en la descripción de personas, le imparte a la valoración una dimensión de lo miserable, lo ínfimo y, en cierto modo, lo despreciable. A esto hay que añadir que, por la selección que el autor ha hecho de insectos y animales, debemos concebir a este grupo que se embarca como seres dañinos a la sociedad en que se hallan, como plagas o amenazas a los humanos.

Y, una vez llegan a Cádiz, al tiempo del desembarco, le

parece a Estebanillo «ser desesperación caminar sobre burra de palo, con temor de que se echase con la carga, o se volviese patas arriba», por lo que decide esconderse «a lo *gazapo*» y zambullirse «a lo de *jabalí* seguido» (I, 191-92). Esta vez, con el disimulo, la astucia y la habilidad para la fuga característicos de estos animales, nuestro pícaro se marcha, deshaciendo así todo vínculo con la compañía.¹³

Dentro de la concepción que del hombre tiene Estebanillo, no nos debe sorprender el encontrar a un mismo hombre desempeñando la función de animales diferentes o, lo que es igual, defendiendo posiciones antitéticas. Dedicados él y otros a la caza de bajeles franceses, nos cuenta que iban «unas veces huyendo por reconocer ventaja, convertidos los más valientes en *temerosas liebres*, y otras veces dando alcances, por ser nosotros más fuertes, transformando el más cobarde en *invencible león*» (II, 247). Nótese que tradicionalmente estos dos animales han representado actitudes antitéticas: por un lado, la liebre ligera, huidiza, siempre dispuesta a darse a la fuga; por otro, el león, símbolo del valor, la fiereza, el heroísmo. En este caso, como si el sólo mencionar los animales fuera poco, el autor refuerza la idea por medio de adjetivos que únicamente contribuyen a marcar la gran distancia que existe entre ambas posiciones. En otras palabras, Estebanillo parece decirnos que éste es un mundo en el que se pasa del heroísmo al anti-heroísmo y viceversa, con la mayor facilidad, actuando como único móvil, la conservación de la vida.

Otro pasaje semejante, pero mucho más rico en valoraciones, es el siguiente: Estebanillo se encuentra en un banquete en casa del marqués Matei, durante el cual los criados de éste se pelean entre sí, bajo los efectos de la bebida. He aquí el relato de nuestro pícaro: estos criados, quienes «de su natural no son *ranas*, sino *mosquitos* [...] transformados en *leones*, se daban batallas campales unos con otros». Y él, que no estaba menos borracho que el resto «y más valiente que un *gato* viéndose apretado, sin recelar peligro» (cosa difícil de creer en

(13) Otros ejemplos parecidos pueden encontrarse en: I, 82, 162; II, 21, 51.

nuestro protagonista, prototipo del cobarde) comienza a lidiar con ellos. Pero éstos, sin respetarlo «por *lobo* mayor», lo atacan y le hacen echar por la boca «todo un tajo de tinto» (II, 178). Y así termina el alarde de heroísmo de este anti-héroe. En este caso, de mosquito se pasa a león —de lo ínfimo a lo monumental en bravura. Y el propio Estebanillo es gato y es lobo —tan feroz el uno como el otro— pero sólo mientras le dure la borrachera, pues eso de combatir «sin recelar peligro» es un lujo que este pícaro no suele gastarse estando sobrio.

Esta utilización de animales en la evaluación de la conducta humana por parte de Estebanillo también se extiende a la zona heroica sin tacha que aparece como trasfondo del relato. Por ejemplo, al describir uno de los regresos triunfales de su amo el duque de Amalfi, Estebanillo remata el pasaje como sigue: «...volvió el *león* español a su leonera». Hasta aquí todo parece indicar un elogio de las habilidades guerreras de su amo. Sin embargo, lo que sigue le resta mucho al elogio: «Y yo, —nos dice el pícaro con bastante frescura— como *oso colmenero*, le fui acompañando para lamerme los dedos en la cueva de la corte» (II, 77). La comparación que Estebanillo hace de sí mismo con un oso colmenero me parece estupenda. Frente a la agilidad y pronta disposición del león, se nos presenta esta figura del oso, animal medio torpe en sus movimientos, y sobre todo, goloso de lo ajeno, imagen que tan bien describe a nuestro protagonista. Pero, si por un lado, la imagen del oso colmenero es un acierto en lo representativo de la actitud de Estebanillo frente al mundo, por otro lado, me parece que el autor persigue todo un efecto al colocarla inmediatamente después de la imagen «duque-león español». Tan súbita contraposición de actitudes antitéticas necesariamente le resta mérito a la primera. En otras palabras, no puede desplegarse plenamente la heroicidad de Piccolomini cuando le sigue tan de cerca el que representa la negación de cada uno de sus valores.

Entonces resulta que a esta valoración que hace Estebanillo del hombre en términos animales, no se escapa nadie. Primeramente, hay que repetir que el utilizar tal recurso ya representa una manera de rebajar la condición humana. Pero, una

vez dado el paso de lo racional a lo irracional, nos encontramos con que el hombre baja y sube en la escala de lo irracional, respondiendo a un solo estímulo, el de «salvar el pellejo». Y por fin, cuando nuestro pícaro se encuentra con casos de heroísmo genuino, como lo es el de Piccolomini, no puede menos que comunicarle parte de esa visión anti-heroica que él tiene de la humanidad.

Veamos finalmente la actitud de Estebanillo frente a diversas actividades humanas. De memoria sabe el lector que la actividad que mejor caracteriza a nuestro personaje es la de beber vino. De ahí que siempre encuentre un pretexto para saciar su eterna sed. Más aún, este pícaro explotará continuamente tal inclinación al vino para dar al traste con algunas de esas actividades que la sociedad encomia y que a él le tienen sin cuidado. Por ejemplo, al llegar a Lovaina, se refiere a su casa de estudios como la «insigne universidad de Brabante» y continúa diciendo que refrescándosele la memoria de sus estudios pasados, por proseguir en ellos, (hasta aquí toda va bien) se entró en nada menos que un «escolástico tabernáculo» de donde salió hablando «un latín tan corrompido» que ni él mismo se entendía (II, 18).

Esa misma técnica de «pinchar el globo» y el motivo del «tabernáculo» los emplea luego Estebanillo al describirnos el efecto que la noticia de la llegada del rey de España a Zaragoza tuvo en nuestro pícaro, quien entonces se encontraba en esta ciudad. Es tal noticia «buena nueva» capaz de hacerle olvidar los efectos de una pendencia ocurrida la noche anterior. Pero esa alegría que le trae la llegada de su rey, ese alarde de vasallaje, hay que celebrarlo y qué mejor lugar para tal celebración que un «devoto tabernáculo» a donde nos dice que fue con otros «a hacer hora» (II, 218). Queda claro, entonces, que la selección del término «tabernáculo» cumple dos funciones en estos relatos: por un lado, evoca la taberna (lugar favorito de este pícaro) por su parecido formal con ésta; por otro lado, en su sentido etimológico representa el *sagrario* de nuestro personaje. Nótese que en el segundo caso («devoto tabernáculo»), Estebanillo llama *devoto* al que efectivamente es recipiente de

su devoción al vino. En el primero («escolástico tabernáculo»), le imparte a su particular sagrario una dignidad que no le corresponde, lo que resulta en un violento cambio de rumbo de lo que parecía un encomio del saber a una simple mofa del mismo.

Ahora bien, la empresa que se convierte en blanco continuo del cinismo de nuestro personaje es la guerra, por ser ésta una de las actividades de mayor prestigio y actualidad en su momento. Ya he apuntado que el relato de nuestro pícaro tiene como trasfondo la Guerra de los Treinta Años. Es difícil imaginar una persona que haya estado presente en más batallas y haya peleado menos que Estebanillo. He aquí la que considero su mejor auto-valoración frente al quehacer bélico. En ocasión en que su escuadra capturaba una nave griega, nos dice que él iba a aquella guerra «tan *neutral*, que no me metía en dibujos ni trataba de otra cosa sino de henchir mi barriga...» (I, 87).

Esa actitud de indiferencia, de neutralidad, ese no poderse identificar con la causa por la que lucha su pueblo, define claramente su posición frente al combate. De ahí que aún a los honores de la guerra, Estebanillo les encuentre faltas. Veamos, por ejemplo, lo que para él significa una corona de laurel, símbolo por excelencia del premio al mérito. Nuestro pícaro, gran conocedor de los caminos de toda Europa, por su oficio de correo, logra poner a salvo a todo un batallón de su rey y no puede menos de comentar que si él «fuera tan diestro en los alcances como en las huidas, ya estuviera escabechado a puros laureles» (II, 142). En otras palabras, para el guerrero, el laurel es el hecho concreto del premio a la conducta heroica; para Estebanillo, por el contrario, el laurel es sólo una hoja que se utiliza en la preparación del escabeche, o adobo del pescado. Nótese, además, que la imagen que aquí se nos sugiere no es la del pez, animal vivo, sino la del pescado, o pez muerto. Hay que recordar que Estebanillo, como buen pícaro, ama la libertad. De ahí que se vanaglorie de ser «libre como novillo de concejo» y que llegue a desempeñar hasta cinco oficios diversos al día. Me parece, pues, que la imagen del pescado «escabechado a puros laureles» encuentra

su equivalente en la realidad humana en la persona del guerrero heroico, obligado por sus mismos triunfos a continuar dentro de una sola línea de heroísmo. Es a este confinamiento al que Estebanillo continuamente le huye.

Pero hay que apuntar que su posición frente a la guerra no se limita a admitir su incapacidad para indentificarse con una causa o dedicarse a una actividad que coarte su libertad. Estebanillo deja muy en claro su desprecio por todo aquello que lo pueda identificar con esa dimensión épica de la vida, a la que se sacrifica todo interés personal. Ante el recordatorio que le hace su amo de la fama que se gana como buen guerrero, contesta Estebanillo que no busca «en este mundo pundonores, sino dineros en serena calma, *sin sirtes ni bajios*» (II, 131). Más aún, nuestro pícaro se regocija en parodiar batallas y desafíos. He aquí una muestra de lo primero. En medio de una lucha, «mientras los soldados abrían trincheras, abría yo las ganas de comer; y en el ínter que hacían baterías, se las hacía yo a la olla, y los asaltos que ellos daban a las murallas, los daba yo a los asadores» (I, 251). Ese afán de contraponer a la actividad bélica otra actividad de lucro personal e inmediato se repite a través de todo el relato.

Por otro lado, la actitud de Estebanillo frente al desafío ya queda sugerida cuando, estando en Polonia, nos dice que tuvo «un desafío, de los que yo no suelo rehusar, con un estudiante polaco, sobre quien bebería más aguardiente» (II,157). Y, he aquí lo que sucede cuando se ve precisado a pelear. Entre otras, recordemos la ocasión en que juega «a las pintas» con un acemilero, le gana el partido y el perdedor, enfurecido, le lanza las barajas en la cara a Estebanillo. Alega éste que acordándose «de las leyes del duelo», procede a darle con el sombrero en los bigotes. Y, por temor a la espada del acemilero, le arremete con el candil en las espaldas. «Quedó el pobre Estebanillo», nos dice el protagonista de sí mismo, «a oscuras y a puerta cerrada y muerto de miedo; pero dime tan buena maña a palpar la surtida, que primero di con el cerrojo que mi contrario con la tizona» (II, 237). Nótese que, en este pasaje, a la parodia del duelo, se le suma la mención

de la «tizona» lo que nos trae a la mente un poema épico en particular, el *Poema de Mio Cid*. Y ya esto nos lleva al examen del próximo tema: la parodia de un estilo épico en el *Estebanillo González*.

No cabe duda de que en la mente del autor está muy presente el poema épico nacional español. Entre otras, a la alusión de la «tizona» hay que añadir la de Babieca, la que examinaré más adelante. Sin embargo, el modelo que no se aparta de la mente de Esteban González es el de *La Eneida*, continuamente utilizado por el autor para lograr sus fines antiheroicos, esta vez desde la forma de la expresión.

Nuestro protagonista se regocija en anteponer su conducta a la del héroe de la épica latina. Entre otros ejemplos, cuando aumentan sus relaciones con la sobrina de la tabernera, nos dice Estebanillo que «porque no perdiese por mí su buena reputación (que era reputada por doncella), *sin ser piadoso Eneas*, la saqué una noche de aquella encendida Troya, y di con ella en mi casa» (II, 88). En otra ocasión, cuando nuestro pícaro ve salir a un amigo suyo cargando con un baul que ambos proyectan robarse, comenta: «Viéndole cargar con los Penates de Troya, *sin ser piadoso Eneas, sino astuto Sinón*, tomé mi ferreruelo... y fui lo siguiendo» (I, 111). Sin duda, la mención repetida de Eneas viene a marcar la gran distancia existente entre la conducta del héroe clásico y la de Estebanillo.

Otro indicio más de la presencia de la épica latina como «modelo a ridiculizarse» lo ofrece la descripción que hace el pícaro en una de sus partidas para Mesina, temprano en la narración. «Salimos una tarde desta pequeña Cartago, —nos dice— con viento fresco y mar serena». El que lee hasta este punto se imagina que al protagonista lo anima una intención seria al equiparar su empresa con la de los troyanos guiados por Eneas. Sin embargo, lo que sigue de inmediato representa un viraje violento en esa trayectoria inicial que parece sugerírseles, ya que Estebanillo estuvo «tres días tan mareado, que al compás que daba sustento a los peces del mar, ahorra raciones de bizcocho a los caimanes de galera» (I, 80).

Ahora bien, si hasta aquí hemos examinado lo que podríamos llamar una parodia de los motivos que animan a los personajes de la épica latina, veamos ahora lo que parece ser una parodia del estilo épico propiamente. He aquí la descripción que hace Estebanillo de una tormenta que los sorprendió en alta mar cuando se dirigían a una de las muchas batallas en las que nuestro pícaro nunca participó: «Tuvimos una noche una *procelosa* tormenta, llegando a nique de perderse toda la armada porque las galeras, abatidas de la fuerza de los vientos y combatidas de las *soberbias* y *encumbradas ondas*, rompiendo cabos y despedazando gúmenas, se encontraron y embistieron unas con otras...». Aquí el motivo de la tormenta recuerda la que ocurre al comienzo de *La Eneida* y que desvía a los troyanos hacia las costas de Cartago. En la descripción de la misma, Virgilio emplea el sustantivo *procella*; aquí Estebanillo, en su afán por crear un estilo poético aparatoso, llama a la tormenta «procelosa» lo que resulta en una intencionada redundancia.¹⁴ Nótese, además, en la frase «de las soberbias y encumbradas ondas», la personificación de un fenómeno natural y la anteposición de los dos adjetivos al sustantivo culto «ondas», tan frecuente en la épica latina. El uso de los gerundios («rompiendo cabos y despedazando gúmenas») es el último recurso poético que nos recuerda la composición virgiliana. Nótese, finalmente, que se intenta crear un balance entre los dos participios que describen el sustantivo *galeras*: «abatidas de la fuerza de los vientos y combatidas de las soberbias y encumbradas ondas». Como se verá más adelante, este recurso consciente por parte del autor abunda en aquellos pasajes en que se persigue crear un estilo aparatoso, grandilocuente.

Ahora bien, todo este pasaje ha sido cuidadosamente trabajado para producir un efecto —el efecto de algo que se encuentra fuera de lugar. Sabemos que si en algo se esmera Es-

(14) Creo que se trata de algo intencionado porque al dedicar la obra al duque de Con frecuencia nos encontramos con ejemplos de esto último, como lo son «deshechas ruinas», «cementerio de finados», «bélicos instrumentos de guerra», y «difunto cadáver». Amalfi, Estebanillo le pide protección de su «varia peregrinación y ridículo discurso», entre otros.

tebanillo es precisamente en rebajar la realidad circundante. Por eso, a medida que vamos penetrando en este inesperado estilo hinchado de la épica, comenzamos a sospechar que algo se trae entre manos nuestro pícaro. Y efectivamente he aquí cómo termina Estebanillo la narración de este suceso: «... y mientras unos llamaban a Dios, y otros hacían promesas y votos... mi merced, el señor Estebanillo González, estaba en la cámara de popa, haciendo penitencia por el buen temporal, con una mochila de pasas y higos, dos panecillos frescos y un frasco de vino... diciendo con mucha devoción: —Muera Marta y muera harta» (I, 94).

Se trata, una vez más, de darle un giro violento a la narración para dejar destacada la posición anti-heroica ante la vida. Como ya he dicho, la única empresa a la que Estebanillo se dedica «con mucha devoción» es la de comer y beber. Siendo la guerra una de las actividades más serias de este momento, el arte de este pícaro consiste en destacar una y otra vez su predilección por aquello que satisfaga su apetito, quedando indiferente ante el quehacer que a todos mueve. Hemos visto, además, que en el logro de tal propósito incluso se hace uso de un estilo literario afin al mundo bélico que se describe, para acentuar su ridiculez al «pinchar el globo».

Pero no es éste el único estilo literario que queda sometido a la burla de este pícaro. El pasaje siguiente es sólo uno de varios en que se reproduce un estilo pastoril al que se le aplica nuevamente la técnica de «pinchar el globo». Recordemos la ocasión en que Estebanillo se ve precisado a huir de la justicia. Nos dice que emprende la marcha «a lo de soldado de Orán», y después de haber caminado unas dos leguas, sirviéndole «de norte una luz que estaba algo apartada, y pensando que fuera algún *pastoral albergue*, apresuré el paso a ella con deseo de *enjuagar* mi *mojada ropa* y tener un poco de descanso». Y continúa diciendo que «al cabo de un rato, *hollandando* lodos y *enturbiando* charcos. Llegué en traje de alma en pena, a donde, aligerando mi conciencia, pagué todos mis pecados» (I, 170). Y paga todos sus pecados porque a donde llega es nada menos que a un campo de gitanos de donde habrá de

salir huyendo. Nótese nuevamente la anteposición del adjetivo en la creación de un estilo elevado. En este caso, el ir a parar al sustantivo que modifica y el uso repetido del gerundio, a manos de ladrones es lo que da al traste con ese ambiente de remanso y anhelo de reposo que el autor crea en las primeras líneas.

Veamos finalmente una última técnica empleada por Estebanillo con el propósito de puntualizar su anti-heroísmo. Recordemos una de las pocas ocasiones en que nuestro protagonista se encuentra en medio de una batalla. Se retira tan pronto como puede a un foso cercano a su ejército, al que describe como «pequeño *albergue* de un *esqueleto rocín*, que *patiabierto* y *boca arriba* se debía de entretener en contar estrellas». En su desesperación por huir de la lucha, Estebanillo se echa «por colcha el *descarnado Babieca*», lo cual conlleva el aguantar la respiración ya que el animal se halla en proceso de descomposición. Muy pronto se le acerca un soldado, el que se asombra al ver lo que le parece ser un «*centauro* al revés». Mas, enseguida, Estebanillo le suplica que le quite «aquel *hipogrifo de encima*» y así lo hace, terminando aquí el incidente (I, 252-53).

Es obvio que en esta ocasión no se persigue «pinchar el globo» pues sabemos que por cobarde es por lo que viene a «asociarse» Estebanillo con el caballo muerto. Entonces resulta que el intento repetido de enaltecer la condición del animal es lo que lleva a hacer más ridícula, pero sumamente risible, su posición de cobarde. Se comienza por elevar el foso a la categoría de albergue, y de albergue de un *rocín*. Nótese que la denominación más humilde que recibe el animal es ésta, pues las que le siguen marchan todas en grado ascendente. En otras palabras, el sustantivo «caballo», el que primero nos viene a la mente, ese no aparece en todo el pasaje. Ahora bien, a ese «rocín» ya se le ha yuxtapuesto otro sustantivo: «esqueleto». Y es esa yuxtaposición torpe, por así decir, de dos sustantivos, lo que inaugura lo ridículo del pasaje. Nótese que lo que sigue es un ejemplo más del intento del autor de crear una «prosa balanceada». Se han seleccionado dos adjetivos com-

puestos («patiabierto» y «boca arriba») para lograr tal propósito.

Ahora bien, del término genérico *rocín*, se pasa al particular *Babieca*, al que se le añade el adjetivo «descarnado» para conservar la idea de esqueleto. Y, una vez alcanzada la máxima denominación de lo ilustre en materia de caballos, dentro de los límites nacionales, se recurre al mundo de la mitología para seguir añadiendo apelativos al «escudo» del cobarde Estebanillo. Efectivamente, un centauro debió parecerle al soldado el espectáculo de un hombre abrazado a un esqueleto de caballo. Finalmente, el apelativo *hipogrifo*, rara combinación de caballo, águila y león, viene a marcar la distancia mayor entre la realidad —un caballo muerto en avanzado estado de descomposición— y el lintento de Estebanillo de enaltecer al que le sirve de protección en su condición de cobarde.

Exigencias del mundo en el que vive Estebanillo

Un estudio sobre la valoración que hace Estebanillo del mundo, de las gentes y de las actividades humanas, como ya he apuntado en la introducción a este trabajo, no está completo si no examinamos qué clase de mundo y de gentes eran aquéllos que rodeaban a nuestro personaje. Se desperende de la novela misma que es éste un mundo en el que sólo cuentan la buena apariencia en el vestir y la recomendación o compañía de un «grande». De ahí que un delegado de la corte, viendo a Estebanillo «tan bien adornado y que había sido criado de un Virrey» lo nombre nada menos que su alguacil. De pronto se ve nuestro protagonista llevando «vara alta de justicia» que en él parecía «de varear bellota». Y como tenía que prender a alguien, nuestro pícaro prendió a tres labradores «en virtud de mi comisión, con ayuda de vecinos y porque ellos gustaron de dejarse prender» (I, 150-51). Queda claro, en-

tonces, que el merecimiento como criterio para la asignación de funciones sociales está completamente ausente aquí y en un sinnúmero de ocasiones en la vida de Estebanillo en que éste es objeto de la más grande deferencia por ser criado de un gran señor.

Algo semejante pasa con los títulos. Nos dice nuestro pícaro que al sentirse regalado de todos por tener amos tan importantes, se le ocurre ponerse un «don», ya que no sería el primer bufón que lo llevara. Pero pronto desiste de la idea por temor a que se burlaran de él «como de muchos que los tienen sin tener caudal con qué sustentarlos» (II, 161). Nótese, pues, que lo que comienza como un alarde de vanidad de nuestro personaje se convierte en una censura dirigida a todos los «dones» huecos que andan por el mundo.

Dentro de esta línea de censura de un mundo que sólo se sustenta de la apariencia, quiero considerar el siguiente incidente en la vida de Estebanillo. Estando en Viena dispuesto a partir para Milán, se le acerca un capitán genízaro que le pide viajar con él a caballo. Estebanillo accede a llevarlo y al pasar por cierto lugar, su pasajero le informa que «importaba a su reputación» que Estebanillo pasase por criado suyo, dicho todo esto «con un género de gravedad y un modo de aspereza» que llegaron a atemorizar a nuestro pícaro. Se le hace imposible a éste el comprender tal osadía de parte del capitán pues «no hay ley ni razón», nos dice, «que obligue a ser grave a quien ha menester servir y agradar para no morir de hambre» (II, 163-64).

Estas palabras nos traen a la mente aquello de que «poco importa que mi padre se llame hogaza si yo me muero de hambre» (Véase pág. 6). Y es que ambos pasajes apuntan a lo irracional de todo patrón de conducta sustentado en la hidalguía o posesión de títulos. De nada le hubiera valido a Estebanillo el mostrarse agraviado por la broma que le gastó Piccolomini en su casa. Por el contrario, le hubiera quizás costado todos los servicios que el duque estaba en posición de rendirle. En otras palabras, en aquella ocasión se trataba de determinar un patrón de conducta en virtud de lo que se podría

ganar (pero no se había ganado aún). Sin embargo, en el caso del capitán se trata de una conducta no tanto impráctica como desagradecida pues ya él estaba en posición de deberle un gran favor a Estebanillo. ¿Por qué entonces, tanta altanería? Pues simplemente porque un mero bufón, diría el capitán, no se merecía más.

Me es, por todo esto, imposible compartir la opinión de los que no ven en esta novela sátira alguna de las costumbres de toda una época. Más aún, creo que viendo el mundo de nuestro protagonista como un mundo de muchas fallas, entendemos mejor la conducta de este pícaro. Estebanillo, como ya he sugerido, comprendió las imperfecciones de su momento tan bien como el mejor de los moralistas. La gran diferencia entre ambas figuras estriba en que, mientras el último hubiera buscado la manera de solucionarlas, Estebanillo se aprovechó de ellas.

Recapitulación

Estebanillo González es, en suma, el pícaro que encuentra el terreno fértil para la creación de su propio sistema de valores. Muy convenientemente divide el mundo en dos clases, a las que les asigna funciones. La función del *grande* consiste en «honrar» y esa honra sólo se mide en términos de favores. La función del *pequeño* consiste en recibir toda la honra que el *grande* esté dispuesto a dar. Dentro de este sistema, ya no se es *bueno* intrínsecamente ni *generoso* dentro de ciertos límites, sino sólo en la medida en que se cumple con la obligación de «dar sin condiciones» impuesta por Estebanillo a todos los que él llama *grandes*.

Tanto en esta particular visión del mundo como en su concepto de los humanos en términos de animales irracionales, Estebanillo le imparte al idioma una significación muy personal. Añádase a esto que es el heroísmo el valor por excelen-

cia contra el cual Estebanillo arremete. Hemos visto cómo, partiendo del hecho inalterable de su cobardía, este pícaro pone en juego un sinfín de recursos para dejar en claro su anti-heroísmo. Entre otros, parodia batallas y desafíos, pero, sobre todo, estilos literarios, lo que nos permite ya ver a Esteban González como creador consciente dentro del género de la picaresca.

IDALIA CORDERO DE BOBONIS